

G. K. Chesterton

El candor del padre Brown



G. K. Chesterton

El candor del padre Brown

longseller
ESENCIALES

La cruz azul

Entre la cinta de plata de la mañana y el verde destello de la cinta del mar, el bote llegó a la costa de Harwich y dejó escapar como enjambre de moscas un montón de gente, entre la cual el hombre cuyos pasos vamos a seguir no se destacaba ni deseaba notarse. No; no había en él nada extraordinario, salvo el ligero contraste entre lo festivo y alegre de su traje y la seriedad oficial de su rostro. Vestía un traje gris pálido, un chaleco blanco, y llevaba un sombrero de paja con una cinta gris-azulada. Su rostro delgado era oscuro por contraste, y terminaba en una barba negra y corta que le daba un aire español y sugería un cuello de encaje inglés. Fumaba un cigarrillo con la parsimonia de un hombre desocupado. Nada hacía presumir que aquel traje claro ocultaba una pistola cargada, que en aquel chaleco blanco iba una identificación de policía y que aquel sombrero de paja cubría una de las más poderosas cabezas de Europa. Aquel hombre era nada menos que Valentín, jefe de la policía parisina, y el más famoso investigador del mundo. Venía de Bruselas a Londres para realizar el arresto más grande del siglo.

Flambeau estaba en Inglaterra. La policía de tres países había seguido la pista al delincuente de Gante a Bruselas, y de Bruselas a Hock van Holland. Y se sospechaba que trataría de esconderse en Londres, aprovechando la confusión que en esos momentos causaba la celebración del Congreso Eucarístico en aquella ciudad. Era posible que para viajar adoptara el disfraz de eclesiástico menor o persona relacionada con el Congreso,

pero Valentín no sabía nada en concreto. Nadie podía asegurar nada con certeza sobre Flambeau.

Hacía muchos años que este coloso del crimen había desaparecido súbitamente, tras haber tenido al mundo en jaque; y cuando se detuvo, puede afirmarse que hubo una gran quietud en la Tierra, como se dice de la muerte de Rolando. Pero en sus mejores días –es decir, en sus peores días–, Flambeau era una figura tan estatuaría e internacional como el *Kaiser* Guillermo. Casi diariamente los periódicos de la mañana anunciaban que había logrado escapar a las consecuencias de un delito extraordinario, cometiendo otro peor. Era un gascón de estatura gigantesca y gran energía física. Se contaban las cosas más extraordinarias sobre sus estallidos de buen humor atlético: un día atrapó a un juez de instrucción y lo levantó tomándolo de los pies, “para aclararle las ideas”.

Otro día corrió por la Rue de Rivoli con un policía bajo cada brazo. Y hay que hacerle justicia: esta fuerza casi fantástica solo la empleaba en ocasiones como las mencionadas; si bien eran poco decentes, nunca eran sanguinarias. Sus delitos consistían siempre en hurtos ingeniosos y de alta categoría. Pero cada uno de sus robos merece historia aparte, y podría considerarse una especie inédita del pecado. Fue él quien lanzó el negocio de la Gran Compañía Tirolesa de Londres, sin contar con una sola lechería, una sola vaca, un solo carro, una gota de leche, aunque sí con algunos miles de suscriptores. Y a estos los servía con el sencillísimo procedimiento de acercar a sus puertas las botellas que los lecheros dejaban frente a las puertas de los vecinos. Fue él quien mantuvo una estrecha y misteriosa correspondencia con una joven, cuyas cartas eran inevitablemente interceptadas, valiéndose del procedimiento extraordinario de sacar fotografías infinitamente pequeñas de las cartas en los portaobjetos del

microscopio. Pero la mayor parte de sus hazañas se distinguían por una sencillez abrumadora. Cuentan que una vez, aprovechándose de la soledad de la noche, repintó todos los números de una calle, con el solo fin de hacer caer en una trampa a un viajero. Sin duda él es el inventor de un buzón portátil que solía ubicar en las bocacalles de los quietos suburbios, por si los transeúntes distraídos depositaban algún giro postal en él. Además, era famoso como acróbata formidable; era capaz de saltar como un grillo y de esconderse en la copa de los árboles como un mono. Por todo lo dicho, el gran Valentín, cuando recibió la orden de buscar a Flambeau, comprendió muy bien que sus aventuras no acabarían en el momento de encontrarlo.

Y ¿cómo arreglárselas para descubrirlo? Sobre este tema, las ideas del gran Valentín todavía estaban en proceso de ajuste.

Algo había que Flambeau no podía ocultar, más allá de todo su arte para disfrazarse, y era su enorme estatura. Valentín estaba, de esta forma, dispuesto a arrestar de inmediato, en cuanto cayera bajo su mirada vivaz, a cualquier vendedora de frutas de talla desmedida, o a un granadero corpulento, o una duquesa medianamente alta. Pero en el tren no había tropezado con nadie que tuviera rasgos de ser un Flambeau disimulado, a menos que los gatos pudieran ser jirafas disfrazadas. Respecto a los viajeros que venían en su mismo vagón, estaba completamente tranquilo. Y la gente que había subido al tren en Harwich o en otras estaciones no pasaba de seis pasajeros. Uno era un empleado del ferrocarril –pequeño él–, que se dirigía a la terminal de la línea. Dos estaciones más allá habían recogido a tres verduleras lindas y pequeñas, a una señora viuda –muy baja– que procedía de una pequeña ciudad de Essex, y a un sacerdote católico romano –muy bajo también– que venía de un pueblito de Essex. Al examinar, pues, al último viajero,

Valentín renunció a descubrir a su hombre, y casi se echó a reír: el curita era la esencia misma de aquellos insulsos habitantes de la zona oriental; tenía una cara redonda y chata, como budín de Norfolk, unos ojos tan vacíos como el mar del Norte, y traía varios paquetes pequeños envueltos en papel de estraza, que no alcanzaba a sostener. Sin duda, el Congreso Eucarístico había sacado a muchas criaturas parecidas de su estancamiento local, tan ciegas e ineptas como topos desenterrados.

Valentín era un escéptico al más severo estilo francés, y no sentía amor por los sacerdotes. Pero sí podía sentir compasión por ellos, y aquel triste cura podía provocar lástima a cualquiera. Llevaba un paraguas enorme, gastado, que a cada rato se le caía. Al parecer, no podía distinguir entre los dos extremos de su billete cuál era el de ida y cuál el de vuelta. A todo el mundo le contaba, con total ingenuidad, que tenía que andar con mucho cuidado, porque entre sus envoltorios traía un objeto de plata legítima “con piedras azules”. Esta curiosa combinación de vulgaridad –típica de Essex– y santa simplicidad divirtió mucho al francés, hasta la estación de Stratford, donde el cura logró bajarse, quién sabe cómo, con todos sus paquetes auestas, aunque tuvo que regresar en busca de su paraguas. Cuando lo vio volver, Valentín, en un raptó de buena intención, le aconsejó que, en adelante, no anduviera contando a todo el mundo lo del objeto de plata que llevaba. Pero Valentín, cuando hablaba con cualquiera, parecía estar tratando de descubrir a otro; a todos, ricos y pobres, machos o hembras, los observaba atentamente, calculando si medirían más de un metro noventa; porque el hombre a quien buscaba medía un metro noventa y cinco.

Descendió en Liverpool Street, enteramente seguro de que hasta allí el criminal no se le había escapado. Se dirigió a Scotland Yard –a la oficina de policía– para regularizar su situación

y asegurarse la ayuda necesaria, llegado el caso; después encendió otro cigarrillo y se dedicó a pasear por las calles de Londres. De pronto, al pasar la plaza de Victoria, se detuvo. Era una plaza elegante, tranquila, muy típica de Londres, llena de una quietud circunstancial. Las casas grandes y espaciosas que la rodeaban tenían aire a la vez de riqueza y soledad; el pequeño prado que había en el centro parecía tan desierto como una isla verde del Pacífico. De las cuatro calles que circundaban la plaza, una era mucho más alta que las otras, como para formar un estrado, que estaba interrumpido por uno de esos admirables disparates de Londres: un restaurante que parecía fuera de lugar en aquel sitio y que parecía haber salido del barrio de Soho. Era un lugar absurdo y atractivo, lleno de macetas con plantas enanas y cortinas rayadas en blanco y amarillo limón. Aparecía en lo alto de la calle y, según los modos de construir comunes en Londres, una escalinata pequeña subía desde la calle hasta la puerta principal, casi al modo de una enorme escalera de auxilio sobre la ventana de un primer piso. Valentín se detuvo frente a las cortinas rayadas, fumando, y se quedó un rato contemplándolas.

Lo más increíble de los milagros está en que suceden. A veces se juntan las nubes del cielo para conformar el extraño contorno de un ojo humano; a veces, en el fondo de un paisaje equívoco, un árbol asume la elaborada figura de un signo de interrogación. Yo mismo he visto estas cosas hace pocos días. Nelson muere en el instante de la victoria; y un hombre llamado Williams da la casualidad de que asesina un día a otro llamado Williamson; ¡una especie de infanticidio!* En resumen, la vida posee cierto elemento de coincidencia fantástica que

* *Son*, en inglés: hijo. Así, Williamson: hijo de William.

la gente acostumbrada a tener en cuenta solo lo vulgar nunca percibe. Como lo expresa muy bien la paradoja de Poe, la prudencia debería contar siempre con lo imprevisto.

Aristide Valentín era profundamente francés, y la inteligencia francesa es, especial y únicamente, inteligencia. Valentín no era una “máquina pensante” –insensata frase, hija del fatalismo y el materialismo modernos–. La máquina solamente es máquina debido a que no puede pensar. Pero él era un hombre pensante y, al mismo tiempo, un hombre simple. Todos sus éxitos, tan admirables que parecían cosa de magia, se debían a la lógica, a ese pensamiento francés claro y pleno de sentido. Los franceses electrizan al mundo no lanzando una paradoja, sino plasmando una verdad. Y la llevan al extremo, tal como se ve en la Revolución francesa. Pero, por lo mismo que Valentín entendía el uso de la razón, palpaba sus limitaciones. Solo el ignorante en motores puede hablar de motores sin petróleo; solo el ignorante en cosas de la razón puede creer que se razone sin sólidos e incuestionables primeros principios. A Flambeau le habían perdido la pista en Harwich y, si estaba en Londres, podía encontrarse en toda la graduación que va desde un gigantesco trampista, que recorre los arrabales de Wimbledon, hasta un gigantesco *toast master** en algún banquete del Hotel Metropole. Cuando solo tenía datos tan vagos, Valentín solía tomar un camino y un método propios.

En casos como este, Valentín confiaba en lo imprevisible. En casos como este, cuando no era posible seguir un proceso racional, seguía, fría y cuidadosamente, el proceso de lo irracional. En vez de ir a los lugares más indicados –bancos, puestos de policía, sitios de reunión–, Valentín asistía sistemáticamente

* Maestro de ceremonias.

a los menos indicados: llamaba a las casas vacías, se metía por las calles cortadas, recorría todas las callejuelas rodeadas de basura, se dejaba ir por todas las transversales que lo alejaban inútilmente de las arterias céntricas. Y defendía muy lógicamente este procedimiento absurdo. Decía que, de tener algún indicio, nada hubiera sido peor que hacer eso; pero, a falta de cualquier noticia, esto era lo mejor, ya que había más posibilidades de que la misma extravagancia que había llamado la atención del perseguidor hubiera impresionado antes al perseguido.

El hombre tenía que empezar sus investigaciones por alguna parte, y lo mejor era empezar donde otro hombre pudo detenerse. El aspecto de aquella escalinata, la misma quietud y curiosidad del restaurante, todo aquello conmovió la romántica imaginación del policía y le sugirió la idea de probar suerte. Subió los escalones y, sentándose en una mesa junto a la ventana, pidió una taza de café solo.

Era media mañana, aún no había desayunado. Sobre la mesa, las ligeras bandejas con que habían servido otro desayuno le recordaron su hambre; pidió además un huevo duro y, pensativo, procedió a endulzar su café, sin olvidar a Flambeau por un instante. Pensaba cómo Flambeau se había escapado en una ocasión gracias a unas tijeras de uñas, y en otra ocasión, gracias a un incendio; otra vez, con pretexto de pagar por una carta sin franqueo; y otra, poniendo a la gente a ver por el telescopio un cometa que iba a destruir el mundo. Y Valentín se decía –con razón– que su cerebro de detective y el del criminal eran igualmente poderosos. Pero también se daba cuenta de su propia desventaja: “El criminal –pensaba sonriendo amargamente– es el artista creador, mientras que el detective es solo el crítico”. Y levantó lentamente su taza de café hasta los labios..., pero la dejó al instante: había puesto sal al café en vez de azúcar.

Las páginas siguientes
no están disponibles.